

seguia otro que, como casi todos los que pertenecian á la religion que profesaban, exigia víctimas.

La primera que se sacrificaba despues de vestir al monarca, era el capellan que habia tenido á su cargo el cuidado del oratorio y de todo lo que correspondia al culto privado de sus dioses, y que era esclavo suyo. La muerte de este esclavo capellan era precisa, segun sus creencias religiosas. No se le quitaba la vida por el duro placer de verter sangre, sino con el fin de que en el mundo desconocido á donde se pasa de éste que habitamos, continuase sirviendo á su señor en el empleo mismo en que le habia servido en la tierra.

Ejecutada la muerte del capellan, seguia inmediatamente la procesion fúnebre con todo el aparato propio de la grandeza de un soberano. Delante del cadáver marchaba triste y silenciosa la nobleza, llevando en alto un gran estandarte de papel, y las insignias y las armas reales. Junto al finado monarca iban, en el mas profundo recogimiento, sus parientes, sus consejeros, los caciques y los grandes del reino. Suelto el abundante cabello, vestidas de luto, vertiendo abundante llanto y lanzando lastimeros ayes, marchaban las mujeres del difunto rey, acompañando sus lágrimas y suspiros con diversos y raros ademanes con que trataban de significar la honda pena de sus almas. Sin tocar ningun instrumento músico, triste el semblante y clavada la vista en el suelo, caminaban los sacerdotes cantando los himnos religiosos propios de aquel acto imponente. Cerraba la lúgubre procesion el inmenso pueblo, que, respetuoso y con aire melancólico, seguia de lejos á la selecta comitiva.

Mientras marchaba el fúnebre cortejo hácia el templo donde debian sepultarse las cenizas del rey, en el átrio á donde se dirigia se hallaba levantada una pira de maderas aromáticas y resinosas, con abundancia de copal y de otros aromas muy estimados por los mejicanos. Aquella pira era la destinada para colocar en ella el cadáver del monarca en el instante que llegase. Varios sacerdotes esperaban en el átrio la llegada de la procesion, guardando el más profundo recogimiento. Cuando la comitiva fúnebre llegaba al átrio inferior del templo, los sumos sacerdotes que habian estado pendientes de su llegada, salian inmediatamente con sus ministros al encuentro del real cadáver, y acto contínuo lo hacian colocar sobre la pira que, como he dicho, se hallaba dispuesta en el átrio.

Terminada esta operacion, instantáneamente los sacerdotes prendian fuego á la pira, cuyas maderas resinosas empezaban á levantar sus llamas envolviendo entre ellas el cadáver que debia reducirse á cenizas. Durante el tiempo en que el fuego abrasador, envuelto en densas nubes de humo aromático, pulverizaba el cuerpo del difunto rey, las ricas telas con que estaba vestido, las insignias reales, las armas y todos los adornos que sobre el cadáver se habian colocado, eran sacrificados uno á uno, al pié de la escalera del templo, varios de los esclavos presentados por los caciques, otros que pertenecian al rey fenecido, algunos hombres irregulares y monstruosos que habia reunido en su palacio para su diversion y pasatiempo y que debian proporcionarle igual recreo en el otro, y varias de sus mujeres mas queridas que tambien debian serlo en el sitio destinado á las almas de los finados. Segun

la categoría del personaje difunto, así era la cifra á que se hacia subir la de personas que se sacrificaban, llegando muchas veces el número de éstas á mas de doscientas. A los sacrificios humanos, seguia el sacrificio de un cuadrúpedo doméstico llamado *techichi*, semejante á un perrito. Se creia que sin aquel guia no podria el rey, en el largo viaje que acababa de emprender, salir de algunos intrincados senderos que se encontraban en el camino desde este mundo al otro.

Las horas restantes del dia en que se habia quemado el cadáver, así como la noche de aquel, se pasaban en distintos actos religiosos, y al brillar la luz del nuevo sol se procedia á recoger, por los sacerdotes, las cenizas y los dientes que se habian conservado enteros, buscando con gran empeño la esmeralda que le habian colgado en el labio inferior. Encontrada la esmeralda la ponian, en union de las cenizas y los dientes, dentro de la cajita en que habian colocado los dos pedazos de pelos cortados de la melena. La caja se colocaba entonces con sumo respeto en el sitio que estaba señalado para su sepulcro, y sobre éste celebraban en los cuatro siguientes dias ofrendas de los comestibles mas delicados; el quinto, sacrificaban algunos esclavos, y estas hecatombes se repetian de veinte en veinte dias hasta el octogésimo en que terminaban los sacrificios humanos. El aniversario de la muerte del monarca se celebraba los cuatro primeros años nada mas; pero, por fortuna, los sacrificios no eran entonces de víctimas humanas, sino de codornices, conejos y mariposas, acompañados de presentes de pan de maíz, pues el trigo no era conocido allí, de vino extraido

del maguey, de flores, copal y de unos cañutos llamados *acaietl*, llenos de sustancias aromáticas.

Funerales de la gente del pueblo. Respecto de los funerales de la gente del pueblo, las ceremonias eran igualmente curiosas, y revelaban una supersticion que excedia los límites de lo concebible.

Habia unos maestros de ceremonias, hombres ya de avanzada edad, á quienes se llamaba cuando habia muerto alguna persona en una casa. Dominados estos hombres de las mismas supersticiones que el vulgo, y creyendo en la eficacia de las ceremonias del ministerio que ejercian, cubrian el cadáver con pedazos de papel que cortaban con religioso respeto, y derramando un vaso de agua sobre su cabeza, le decian que aquella era el agua que se habia formado durante su existencia. Terminada esta ceremonia, vestian al cadáver con el traje correspondiente al dios protector del oficio, arte ó profesion que habia ejercido, siendo el valor de la tela y adornos proporcionado á la fortuna del individuo. Al militar se le vestia como al dios de la guerra *Huitzilopochtli*; al comerciante, con los atributos de *Xacateutli*, divinidad del comercio; al platero de la manera misma que á *Xipe*, deidad protectora de los plateros, y al labrador con los distintivos de *Centeotl*, diosa de la tierra y del maíz. Cuando un individuo moria ahogado, le vestian de *Tlaloc*, dios del agua, llamado tambien *Tlalocateuctli*, señor del paraíso; al que habia sufrido la pena de muerte por adulterio, así como á todo individuo ajusticiado por delito infamante, se le ponía el traje de *Tlazolteotl*, deidad que invocaban los mejicanos para precaverse de la infamia y obtener el perdon de sus pecados;

y al que habia sido privado de la vida por ébrio, se le presentaba con el hábito de *Tezcatzoncatl*, dios del vino. Por eso dice Gómara que llevaban despues de muertos mas vestidos que los que habian usado durante toda su vida.

Terminado de vestir el cadáver, faltaba lo mas importante para su tranquilidad y ventura. Las provisiones y las cartas de recomendacion ó pasaportes indispensables para el largo viaje que habia emprendido desde este mundo al otro.

Los maestros de ceremonias estaban encargados de proporcionarle todo lo necesario, á fin de que no encontrase tropiezo ninguno en el camino. Como en el largo trayecto no existian fuentes, ni arroyuelos, le ponian entre los vestidos un gran jarro de agua cristalina y fresca para que mitigase la sed cuando la necesidad le aquejase. Llenada esta obligacion sagrada y caritativa, le colocaban seis pedazos de papel, hecho de las hojas del maguey, indicándole el uso que debia hacer de cada uno de ellos, y en los cuales se veian trazadas algunas pinturas jeroglificas. El primer papel servia para marchar con seguridad y sin tropiezo por en medio de dos montes que continuamente se daban el uno contra el otro: el segundo era el seguro pasaporte para cruzar sin el mas leve obstáculo por un peligroso sendero que estaba defendido por una enorme serpiente: el tercero le aseguraba el paso por un punto en que se hallaba el terrible cocodrilo Xochitonal: el cuarto era un salvo conducto para cruzar libremente ocho vastos desiertos que se encontraban en la penosa travesía: el quinto servia para pasar igual número de collados, y el sexto para atravesar sin lesion ninguna por el monte *Izte-*

*hecayan*, donde soplabá un viento cortante y frio que despedazaba la cara, y de una fuerza indescriptible que levantaba las piedras. Con el fin de evitar que el viento helado que suponian en el referido monte, entumeciese los miembros del viajero, reunian toda la ropa vieja de éste y la quemaban haciendo con ella una hoguera. Creian que así, con el calor del fuego producido por sus vestidos, neutralizaban la atmósfera helada que reinaba en el monte *Iztehecayan*, y que el viajero que caminaba al otro mundo iba disfrutando de una temperatura templada y deliciosa.

Terminadas las anteriores ceremonias, se procedia á matar un *techichi*, especie de perrito que, como ya he dicho, no faltaba en ninguna casa. El sacrificio de este doméstico animalito tenia por objeto el que acompañase á su amo en su prolongado viaje, sirviéndole de guia en sus intrincados senderos de que estaba lleno el camino. El *techichi* se mataba en todas las ceremonias, cualquiera que fuese la categoría y posicion del personaje muerto. En el momento en que se sacrificaba el leal animalito, le ataban una cuerda en el pescuezo, sin la cual creian que era imposible pasar el rio *Chiuhnahuapan*, que significa *rio de nueve aguas*, y en seguida lo quemaban ó lo enterraban con su amo, segun correspondiese á la clase de muerte que su dueño habia tenido. Acto continuo los maestros de ceremonias encendian la hoguera para quemar el cadáver, y los sacerdotes entonaban entre tanto que aquél se reducía á cenizas, fúnebres cánticos en voz doliente y lúgubre. Apagado el fuego y consumido el cuerpo, recogian las cenizas en una taza, y juntas con una piedra de mas ó me-

nos valor, según la fortuna que dejaba el difunto, pero siempre vistosa y estimada, que debía servirle de corazón en el lugar donde se hallase, las enterraban en un hoyo profundo, sobre el cual hacían oblações de pan y vino por espacio de cuatro días.

Todos los cadáveres se quemaban, excepto los de los individuos que morían de hidropesía, ahogados ó de otros accidentes y enfermedades no comunes, los cuales eran enterrados enteros.

Generalmente se colocaban las cenizas de los reyes, de los magnates, de los caciques y de los régulos, en las torres de los templos.

Para enterrar las cenizas ó los muertos, no había un sitio determinado. Cada cual enterraba al deudo que se le moría en el lugar que más le convenía. Unos enterraban las cenizas de sus finados en el campo, otros junto á los templos de sus divinidades; algunos en los montes dedicados á los sacrificios, y no pocos en los collados próximos al pueblo en que vivían. Los sepulcros donde se enterraban los cadáveres enteros eran unas fosas hechas de piedra y cal, donde colocaban los cadáveres, sentados en unas sillitas muy bajas (*icpalli*), ostentando en los instrumentos con que habían sido enterrados, el oficio, arte ó profesión á que se habían dedicado en el mundo. En el sepulcro del militar colocaban una rodela y una espada; en los de aquellos que habían estado encargados de los ritos, ponían oro y joyas; en los de las mujeres, los objetos necesarios para hilar, y en todos abundantes víveres para que de nada careciesen en el largo viaje que tenían que hacer en el desconocido mundo á donde marchaban.

Los chichimecas, en los primeros años de haberse establecido en el Anáhuac, tenían sus sepulcros en las cuevas de los montes; mas luego que llegaron los acolhuas, á quienes recibieron con el aprecio que dejamos referido, adoptaron sus ceremonias, que eran casi las mismas de los mejicanos y de todos los pueblos nahuaclatos, ó ilustrados relativamente.

Por lo que hace á los mixtecas, la costumbre observada respecto de sus finados, aunque participaba en algo de la antigua de los chichimecas, tenía cosas enteramente originales y que diferían de las que practicaban los mejicanos. Al caer enfermo el jefe principal de su nación ó cualesquiera de sus prohombres que ejercían mando, se hacían rogativas, sacrificios y votos á los dioses para que recobrase la salud. Si en vez de sanar sucumbía á la enfermedad, se continuaba hablando de él como si viviese aun; vestían á uno de los esclavos del finado con un traje de éste, le cubrían el rostro con una máscara, le llevaban á donde el cadáver de su señor se encontraba, le ponían delante de él, y le tributaban, durante aquel día, todos los honores correspondientes á la categoría del difunto, como si realmente fuese aquel esclavo el individuo ilustre que había muerto, puesto que ellos le juzgaban su representante en aquella ceremonia. Llegada la media noche, cuatro sacerdotes entraban por el cadáver y le llevaban á darle sepultura en alguno de los bosques, montes ó cuevas, prefiriendo, si se disponía que fuese enterrado en cueva, aquella que consideraban que era la boca ó puerta que conducía al Paraíso. Terminado aquel acto, sacrificaban al volver, al esclavo á quien habían reverenciado duran-

te todo el día, y, sin despojarle de los vestidos que le habían puesto de su amo para revestirle de una autoridad verdaderamente quimérica, hacían un hoyo y le enterraban en él, sin llegarle á cubrir con tierra. Los mixtecas no celebraban el aniversario del cacique fenecido; pero sí el de su nacimiento, guardando en toda esa ceremonia un silencio profundo y sin hablar una sola palabra.

Vecinos de los mixtecas eran los zapotecas, y sin embargo el uso de enterrar sus muertos difería del de los primeros. Los zapotecas embalsamaban el cadáver del jefe de la nación, usando de confecciones aromáticas que preservaban por algún tiempo el cuerpo de la corrupción, sistema que algunas veces, aunque pocas, usaron los chichimecas.

La costumbre de enterrar á los grandes personajes con ricas joyas de oro y otras alhajas de valor, era común á todas las naciones del Anáhuac. La verdad de esta costumbre está testificada por el dicho de los conquistadores españoles que descubrieron casualmente algunos de esos sepulcros.

Durante el sitio puesto á Méjico por los españoles, los soldados, al hacer algunas entradas en la ciudad, dieron, al derribar algunos edificios, con varias tumbas que contenían alhajas. Hernán Cortés, en su tercera carta-relación escrita al emperador Carlos V desde Coyoacán el 15 de Mayo de 1522, dice que algunos de sus subordinados que había dejado de celada en unas casas de la ciudad, «estando allí abrieron una sepultura y hallaron en ella, en cosas de oro, mas de mil quinientos castellanos».

## CAPÍTULO XI

Moteuczoma I, quinto rey de Méjico.—Ceremonias usadas en la coronación de los reyes.—Los monarcas mejicanos salían á campaña para hacer prisioneros que fuesen sacrificados en su coronación.—Manera con que los reyes se presentaban en público.—Son muertos por orden del señor de Chalco dos hijos del rey de Texcoco y tres nobles mejicanos.—Son vencidos los chalqueños, y su territorio sometido á la corona de Méjico.—Amagos de guerra entre mejicanos y tlaxcaltecas.

Celebrados los funerales del rey Itzcoatl con la magnificencia que le correspondía por haber colocado á su nación entre la categoría de las primeras del Anáhuac, se procedió á la elección del nuevo monarca, pues no podía hacerse la elección sino después de haberse celebrado las exequias del rey difunto.

1436. Reunidos los cuatro electores, muy poco Moteuczoma I, 5.º rey de Méjico, tuvieron que deliberar respecto del hombre que en concepto de ellos debía empuñar el cetro. No teniendo el difunto soberano hermano ninguno, la elección debía hacerse en uno de sus sobrinos. Entre éstos el que mas notable se había hecho por su valor, por